

LA MISIÓN DE LOS FRAILES Y LA CHINA DE MENDOZA

MIGUEL DE LOARCA: ALFABETIZACIÓN, MUJERES Y DIFERENTE VIDA SEXUAL

Loarca también quedó asombrado por la alfabetización general de los chinos. Observó que las escuelas que enseñaban a leer a los niños se encontraban en todas las calles, y que también había otras escuelas que preparaban para los exámenes a aquellos que ya sabían leer y escribir.

El fundador de los Ming, Hongwu, habría estado contento con las observaciones de Loarca, porque esto era exactamente lo que se había propuesto, aunque la educación nunca llegó a ser tan general como Hongwu quería o como Loarca insinuaba. Loarca también menciona los caracteres escritos que vio en todas partes.

Como podemos ver en este pergamino chino, se encontraban en rocas y muros, en las puertas, casas y calles, en las ciudades, los pueblos e incluso en las montañas. Su capacidad de observación de los caracteres contrasta con la de los viajeros de la Edad Media. Como ya hemos visto en clases anteriores, Marco Polo no se dio cuenta de ellos, aunque ya eran omnipresentes en todos los espacios urbanos. Loarca llegó directamente a la conclusión de que todos los chinos sabían leer y escribir, si bien era muy difícil aprender sus letras. Aunque fuera una exageración, se trataba de una idea radical, porque supone que el índice de alfabetización de un país no depende de la dificultad de la escritura, sino de las verdaderas posibilidades que proporcionaba la alfabetización.

Esta idea contrastaba fuertemente con la situación de su España natal, donde el índice de alfabetización era mucho más bajo que en China, y donde la movilidad social basada en la educación era prácticamente nula. Rada no había dicho casi nada sobre las mujeres chinas; sabía de la práctica de los pies vendados, ya que la describió con exactitud, pero también afirma que a las mujeres sólo se les ve trabajando en los campos, porque en las ciudades, van en palanquines o permanecen dentro de sus casas. Ciertamente, la legislación Ming había despojado a las mujeres de los derechos legales de los que habían disfrutado tradicionalmente, y se encontraban más aisladas que nunca. Pero Loarca estaba interesado en el sexo, y miró más allá de la legislación.

Una tarde, mientras paseaba por las calle con otro soldado de la expedición, un chino los detuvo y les pidió que se quedaran ahí por un momento, porque unas mujeres importantes les estaban observando a través de las puertas de varias casas grandes. Después de observar un rato a los 2 hombres, las mujeres les enviaron un mensaje invitándoles a su casa y así, los viajeros se tomaron unos refrigerios en el jardín, bajo la intensa mirada de sus anfitrionas. Se trata de una historia desconcertante, porque a las mujeres se les recluía precisamente para impedirles el contacto con otros hombres. Al despedirse de ellas, se fueron a un burdel, parecido al "qing lou" que aparece en el pergamino Ming. Ahí, las mujeres sensuales bailaban y tocaban música para sus clientes y, entre otros placeres, se servía una comida deliciosa en las mesas bien atendidas. El placer del sexo no impidió que Loarca observara que las mujeres Ming se encontraban en una situación desesperada, ya que los maridos las podían matar cuando cometían adulterio, las podían vender e incluso se les podía prostituir a cambio de algo de dinero extra.

Como Rada, Loarca vio una gran diferencia entre las campesinas trabajadoras y las mujeres de ciudad. De las últimas decía que se afeitaban mucho y que tenían los rostros picados de viruela, debido a una epidemia reciente. Añade que la manera de multiplicarse de los chinos es asombrosa, y que hay tantos niños que parece como si cada mujer diera a luz cada mes. Rada evitó escribir sobre el sexo y todo lo relacionado con él, pero Loarca apuntó todo lo que vio mientras paseaba por las calles.

Un día, en Fuzhou, vio a un joven que denunciaba a las autoridades que, después de tener relaciones homosexuales con 2 hombres mayores, no le habían pagado. Los 2 hombres fueron detenidos y azotados, no por sus actos homosexuales, sino por no haber pagado. Loarca afirma que todos los chinos practican este pecado perverso, sobre todo las personas mayores que habitualmente lo disfrutaban en compañía de un par de chicos. Deja claro que no se castiga a nadie por eso. Se trataba de una observación radical, ya que, desde el siglo XIII, la Corona de Castilla quemaba en la hoguera a los homosexuales y, en el siglo XVI, se había quemado a miles de ellos.

Pero, en la China Ming, ni la homosexualidad ni la prostitución masculina se consideraban delitos penales, especialmente en Fujian, donde lo vio Loarca, y donde a los dioses taoístas se les representaban entrelazados con parejas masculinas. El delito del que Loarca fue testigo no era sexual sino económico, ya que lo que se castigaba no era una desviación sexual sino un incumplimiento de contrato.